

VI.

Había una muchedumbre inmensa en la Exposición de los *Mirlitons*.

Una larga fila de carruajes particulares esperaba á lo largo de la acera de la plaza Vendome. En el vestíbulo se codeaban numerosos grupos de elegantes, que entraban ó salían, cambiando saludos corteses, las mujeres mirando los sombreros de sus amigas, capotitas de terciopelo ó grandes fieltros á la mosquetera, donde las caritas parisienses parecían metidas, allá debajo de la capota de un carruaje. Unos porteros de la Asociación, vestidos de gran librea, echaban una ojeada de pura fórmula á las papeletas de entrada que enseñaban los concurrentes. Otro, sentado al lado de una mesa, distribuía maquinalmente catálogos de la Exposición. Veíase por la entreabierta puerta del salón del teatrillo del Círculo, tapices bordados de oro colgados en las paredes, mármoles y broncees artísticamente colocados sobre sus pedestales, y contemplando los cuadros y las esculturas un gentío inmenso, multitud de sombreros de copa alta, inclinados hacia los objetos expuestos, al lado de

preciosos rostros femeninos cubiertos de sombreritos adornados con plumas y flores. Imposible era ver desde muy cerca los objetos allí colocados para la venta, que eran aquel día el asunto de las conversaciones en *todo París*.

—¡Un verdadero *Salón* (1) en miniatura!—decía en voz alta Guy de Lissac á un crítico que se hallaba tomando notas.—Pero sería necesario estar solo para poder verlo todo. Hace una hora que estoy procurando ver el cuadro de Meissonier, sin poder conseguirlo. Se ahoga uno. Vendré otro día.

Y estrechó la enguantada mano provista de un lápiz que le alargaba su amigo, y á través de la muchedumbre que iba en aumento procuró abrirse paso hacia la puerta. Empujado ó empujando á los demás, sonreía, excusándose de no poder alargar los brazos para dar la mano á los numerosos amigos que encontraba entre los concurrentes.

Al fin llegó, dando un suspiro de satisfacción, hasta la antesala, donde, sentadas en los divanes, algunas personas, menos impacientes que las demás, descansaban y conversaban. Guy miró instintivamente en un espejo el lazo de su corbata, y no

(1) Exposición de pinturas que se verifica en París anualmente.—(Nota del traductor.)

observó que al verlo, un caballero que llevaba la levita abrochada de arriba abajo se levantó lentamente del asiento que ocupaba, y se acercó á él, estirándose maquinalmente los faldones de su levita para arreglarse los pliegues.

Con la mayor sencillez tocó con la punta de los dedos el hombro del señor de Lissac.

Guy volvió la cabeza, creyendo que se las había con algún amigo.

—¿Sois el señor de Lissac?—le dijo entonces el hombre de la levita con la cortesía propia de un cumplido caballero.

—Sí, señor—contestó Guy con cierta extrañeza.

—Tened la bondad de seguirme, caballero; soy comisario de la policía judicial.

Lissac creyó haber oído mal.

—Os confieso que no comprendo bien—comenzó á decir sonriendo burlescamente.

—Soy comisario de policía—le dijo el otro—y tengo orden de deteneros.

Y rápidamente dejó ver el puño de su bastón, mientras que con ademán cortés señalaba á la puerta de entrada.

—Tengo ahí dos agentes, caballero; pero supongo que no me pondréis en el caso.....

—¿Qué quiere decir esto, señor mío?—exclamó

Lissac.—Os confieso francamente que no entiendo una palabra de lo que decís, y espero que me lo expliquéis.

Todo esto era dicho por ambas partes, en el tono de una conversación familiar. Nadie hubiera podido adivinar lo que se decían aquellos dos hombres. Pero Guy estaba muy pálido, y su mirada algo altanera parecía buscar en torno suyo á alguna persona conocida.

Hizo una ligera exclamación de gozo al ver cerca de ellos al periodista con quien poco antes había estado hablando del cuadro de Meissonier.

—Mi querido Brevaus—dijo en voz alta—una noticia estupenda para vuestro periódico. El señor me echa el guante y me lleva preso.

Y señalaba con aire de sorna al comisario de policía, que permanecía impasible.

—¿Cómo es eso, amigo mío?

—Pues nada; que me llevan preso; así como suena—contestó Lissac.

—Caballero—interrumpió el comisario en voz baja—os suplico que no deis un escándalo. Por mí..... y por vos mismo.

Y con la punta de la uña tocó á la roseta que Guy llevaba en el ojal, como para indicar que aquella era la causa de la detención; Guy de

repente se puso colorado y golpeó el suelo con el pie.

—¡Qué imbécil! ¡Estoy á vuestras órdenes, señor míol—dijo al comisario, haciéndole seña para que pasase delante.

Volvió á saludar al periodista, que estaba estupefacto, y el comisario, inclinándose delante de Guy ó por cortesía ó por prudencia, echó á andar, retorciéndose el bigote con furia.

Nadie, á excepción de Brevaus, pudo advertir que acababan de prender á un hombre en plena Exposición de los *Mirlitons*.

Lissac encontró un coche de alquiler que arrió cuando el cochero vió al comisario. Dos agentes de policía secreta, vestidos de paisano, se paseaban por la acera como si estuvieran de centinela. El comisario dijo á uno de ellos:

—Ya no os necesito. Basta con Crabot.

Crabot, un hombrecillo colorado y chiquitín, montó rápidamente en el pescante al lado del cochero, y el comisario de policía se sentó junto á Lissac, que se había arrancado nerviosamente del ojal la roseta de la cruz de Cristo de Portugal.

—¡Cómo! ¿Y en verdad es por esto por lo que se me prende? ¿Porque uso esta cinta sin haber pagado cinco ó seis luises de derechos á la Cancille-

ría?..... Mil veces he pensado hacerlo, y palabra de honor, que siempre me ha faltado el tiempo. Pero una cuestión de ochavos no debe ser nunca motivo para que se insulte públicamente.....

—No sé si es por eso—interrumpió el comisario;—pero es evidente que una circular recién publicada en el *Diario oficial* trata del uso ilegal de condecoraciones extranjeras.—Se conoce que no leéis el *Diario oficial*, señor de Lissac.

Guy se encogió de hombros, como si todo aquello le pareciese perfectamente ridículo. Antojósele que detrás de aquel pretexto había una causa secreta, algo así como producto de una imaginación femenina. Entonces recordó vagamente haber visto á Mariana Kayser sonreír en casa de la de Marsy al prefecto de policía, á Jouvenet, que indudablemente le hacía la corte.

La idea de que Mariana tenía algo que ver en todo aquello se le vino bruscamente á las mientes desde el primer momento. Le parecía estarla viendo de pie delante de él apoyando su manita nerviosa en su pecho, en el sitio mismo donde llevaba la cruz, sonriendo enigmáticamente, y haciéndole una caricia que parecía querer convertirse en arañazo.

—¿Sería verdaderamente Mariana bastante au-

daz y bastante influyente para haber combinado aquel golpe teatral? No; indudablemente había algún error. El celo excesivo ó la torpeza de algún polizonte se traducía en aquella brutalidad. Tal vez en la Prefectura se había presentado alguna cobarde delación contra él. ¡Cualquiera tiene enemigos! ¡Hay tantos odios anónimos en París! Un día se siente uno herido por la espalda. No es nada: es una bala anónima; es un enemigo desconocido, que se venga.

En la Prefectura le dirían indudablemente de dónde partía el golpe. Le interrogarían y le permitirían también que él á su vez hiciese algunas preguntas. Quedóse estupefacto al ver que cuando entró, inscribieron su nombre en el registro, como el de un criminal cualquiera. Quiso protestar. Se enfureció luego, reflexionó que no había más remedio que sufrir la mordedura de los dientes de hierro de esos engranajes de la policía, entre los cuales se veía cogido sin saber por qué. Registraron sus bolsillos y sintió que aquellas manos groseras tocaban á sus carnes; experimentó una violenta sensación de rabia, y á pesar de la cólera que se había propuesto conservar, no dejaba de pedir que le dejasen ver al Prefecto de policía, al jefe de la policía municipal, á un juez de instrucción,

á cualquiera que tuviese responsabilidad y que fuese una persona con quien pudiese tratar.

—Puesto que habéis cogido mis tarjetas pasadme una al señor Jouvenet. ¡Es amigo mío!

No le contestaron.

El comisario que lo había detenido no estaba allí ya. Guy se encontraba delante de una especie de máquinas humanas, que funcionaban en silencio y sin hacer más caso de sus protestas que del viento que silbaba por aquellos corredores.

—Vamos á ver, ¿soy yo un canalla?—decía.—¿Qué es lo que he hecho? Ponerme en el ojal un cintajo. Pues bien, eso en todo caso es un delito, pero de ninguna manera un crimen. No se prende así á las gentes sin más ni más. ¡Pagaré la multa si he incurrido en ella! ¿Me váis á tener aquí entre los ladrones y los vagabundos?

Procuraba continuar siendo en aquellas lóbregas habitaciones el hombre á la moda que era siempre, tratando con cierta irónica amargura la desagradable aventura de que era héroe; pero sus nervios excitados lo llevaban á una furia tal, que se le pasaban muy buenas ganas de defenderse á viva fuerza, como si se tratara de un duelo contra muchos adversarios.

—Os recomiendo la calma—le decía de cuando

en cuando uno de aquellos hombres, con la mayor frialdad.

—Sí; eso se dice fácilmente—exclamó Lissac—¿Dónde está el señor Jouvenet?..... ¡Quiero ver al señor Jouvenet!

—No se ve así como así al señor Prefecto—le contestaron.—Además, no tenéis que ver á nadie. No tenéis más que esperar.

—¿Esperar el qué?

Se llevaron á Guy de Lissac á través de unos corredores hasta la puerta de una celda nueva, que abrieron delante de él.

—¿De modo—dijo tratando de sonreír—que estoy preso? ¿De verdad, como en los melodramas? La cosa tiene gracia.

Preguntó si al menos le tomarían pronto declaración. Nadie lo sabía. Apenas le contestaban. ¿Pero al menos podría escribir? ¿Avisar á alguien? ¿protestar? ¿qué hacer? Oyó de labios de su carcelero, que parecía un buen hombre, esta noticia abrumadora como una sentencia: «Estáis incomunicado.»

¡Incomunicado! ¿Se estarían burlando de él? ¡Incomunicado! Evidentemente era una broma, un absurdo, un imposible, una cosa que no puede suceder más que en las operetas. Mucho se iba á reír

de la aventura cuando dentro de un rato fuese á comer al café de Riche. ¡Incomunicado! Tan fuerte era la broma, que ya ni se enfadaba siquiera. Para un parisiense hasta la médula de los huesos, como era él, el asunto acababa por ser divertido.

—¡Un colmo!

Pasó la tarde y llegó la noche. Llevaron la comida á Lissac, y *la broma*, como él decía, no acababa. No cerró los ojos en toda la noche. Se ahogaba y se exasperaba, en la estrecha celda donde lo habían encerrado. Pasábale por el magín toda clase de proyectos de venganza. Enviaría sus padrinos al señor Jouvenet, protestaría en los periódicos y tendría de su parte á la opinión pública.

Luego su escepticismo le devolvía la tranquilidad, y encogiéndose de hombros exclamaba:

—¡Bah! ¡la opinión! Lo que hará será burlarse de mí y nada más. Se me echará en cara que quiero hacer ruido, exhibirme.

Esperó la mañana del día siguiente, con la febril ansiedad de los insomnios. Evidentemente le tomarían declaración á primera hora. Eso se hacía hasta con los vagabundos cogidos por las calles durante la noche. Y sin embargo, transcurrió todo el día sin que Lissac viese otras caras que las de sus carceleros, que continuaban silenciosos. Volvió

á irritarse al ver que no podía insultar á nadie más que á las cuatro paredes del calabozo.

Llegó la noche, y á pesar suyo durmió un poco sobre el camastro de su prisión. Empezaba á pensar que la broma duraba demasiado y se iba haciendo pesada. Afortunadamente, al otro día lo condujeron ante una especie de juez municipal ó de comisario de policía, quien, después de recordarle que la ley estaba terminante respecto al uso ilegal de condecoraciones extranjeras, le dijo que, sin embargo, la cuestión terminaba con su sobreseimiento.

—¿Es decir—exclamó Lissac irritado—que se considera bastante castigo las dos noches que he pasado preso é incomunicado? Si soy culpable de algo, merezco mayor castigo. Pero si se trata sólo de un pecadillo, os aseguro que me parece demasiado, y os juro que llevaré ante los tribunales á la autoridad por detención arbitraria.

—Tened la bondad de callar—le dijo gravemente el magistrado—porque es lo mejor que podéis hacer.

Lissac experimentaba, al salir de aquellos corredores fríos, de aquella mansión de piedra, una impresión de placer físico. El viento frío de un día nublado de Noviembre se le antojó suave como el

de primavera. Parecióle que había vivido semanas enteras en aquel antro. Tomó un coche é hizo que lo llevasen á su casa, donde encontró al portero estupefacto.

—¡Vos, señorito!—dijo—¿ya?

Este *ya*, lleno de reticencias, puso á Lissac en curiosidad. Por el barrio había circulado el rumor, que tal vez el portero había contribuido á esparcir, de que Guy estaba preso por hallarse complicado en una conspiración política. Lo cierto era que el día antes algunos agentes de policía habían visitado sus habitaciones de la calle de Aumale y lo habían registrado todo, examinándolo detenidamente, revolviéndolo sin consideración. Evidentemente buscaban papeles de interés.

—¿Papeles?—exclamó Lissac.—¡Toma, su carta!

Ya no dudaba. La mano terrible de Mariana había dirigido todo aquello. Indudablemente se habría vendido al señor Jouvenet. El Prefecto de policía habría disfrutado de sus caricias á bien poca costa.

—¡Miserable, infame!—repetía Lissac para sus adentros al subir la escalera.

Llamó, y salió á abrir su ayuda de cámara, que estaba tan asombrado como el portero.

La casa se hallaba todavía en desorden. El

ayuda de cámara no se había atrevido á tocar á nada, como si en la confusión de aquellos papeles revueltos y en el desorden de los cajones descerrajados hubiese la misma solemnidad que en cosas precintadas por la policía.

Todo lo habían puesto manga por hombro. Las cerraduras estaban violentadas, y algunos papeles y cartas habían desaparecido.

El mueblecito antiguo donde se hallaba la carta de Mariana tenía los cajones puestos en el suelo boca abajo, como si fuesen bolsillos vueltos del revés. La esquila de Mariana á Lissac, aquel pedacillo de papel que algunos polizontes, ignorando á quién obedecían, habían cazado, aquella confesión de una querida apasionada hecha á un amante loco, no estaba allí ya.

—¡Ah! ¡He de ver á Vaudrey! ¡Lo veré y le hablaré!—dijo Lissac en voz alta.

—¿Va á almorzar el señorito?

—Sí; pronto, un par de huevos y una taza de té; tengo prisa.

Y, en efecto, estaba impaciente por dirigirse al Ministerio. ¿Había sesión en la Cámara? No. Pues entonces, tal vez encontraría á Sulpicio en seguida. Los porteros lo conocían.

Precipitóse hacia la Plaza de Breda en busca de

un carruaje. En el camino tropezó con un hombre que venía en sentido opuesto, fumando tranquilamente un cigarro.

—¡Oh, señor de Lissac!

Guy instintivamente dió un paso atrás y reconoció al tío Kayser.

De pronto, su cólera, concentrada hasta convertirse en verdadero sufrimiento, estalló bruscamente y relató en pocas palabras, enérgicas y rápidas, á Simón que le escuchaba estupefacto y un poco pálido, como si creyese que le buscaba una cuestión personal, todo lo que pensaba de la infamia de Mariana.

El tío no decía palabra; lamentaba haber encontrado á Lissac y contentábase con balbucear de cuando en cuando:

—¿Ha hecho eso?..... ¿Cómo se ha atrevido?..... ¡Ah bribona!.....

—¿Qué decís de ello vos, Simón Kayser?

—¿Yo?..... ¿que qué digo?..... Pues.....

Poco á poco iba recobrando su sangre fría y juzgando las cosas desde las alturas de su filosofía artística.

—¡Caramba con la niña!..... ¡La cosa es in-moral..... pero característica! ¡Y en cuestiones de arte, después de la moralidad, el carácter! ¡Qué

diablos, el carácter es algo!..... ¡Claro está que desapruebo su conducta, porque es brutal, es vulgar, carece de ideales! ¡Cualquiera simboliza eso! ¡El Amor vengándose del Amor!..... ¡Los Celos llamando en su auxilio á la Policía para vencer al Amor muerto! ¡Todo eso es viejo y cursi, digno de Proudhon, de Corregio el de los escotes!..... ¡Digno de ese mamarracho de Tassaert!..... Lo que yo digo es que jamás pintaría yo eso.

Guy no tenía nada que contestar al imperturbable moralista, y sintió haber perdido el tiempo dirigiéndole la palabra. Pero la rabia lo ahogaba. Aun le quedaba suficiente para mostrársela á Vaudrey.

El Ministro no estaba en su despacho. Un portero le preguntó á Lissac si quería ver al señor Warcolier, el Subsecretario.

—Yo, yo sí que hablaría de buena gana al señor Warcolier—dijo entonces un hombre que estaba sentado en una butaca de la antesala.....— ¡Ya sabéis, Eugenio, el señor Eugenio!

—Está bien, señor Eugenio; voy á anunciaros.

Lissac dijo que no se trataba de una audiencia, sino de asuntos particulares.

—¿Está el Ministro en sus habitaciones?

—Sí, señor; pero ya sabéis que hoy.....

—¿Qué sucede hoy?—Lissac no había echado de ver que estaban alfombrando la entrada del palacio y que los tapiceros se hallaban descargando un carro lleno de banquetas de terciopelo granate, que colocaban en el vestíbulo. Había recepción en el Ministerio aquella noche.

—¡Eso no ha de impedir que el señor Vaudrey me reciba!

Uno de los porteros lo acompañó, abriendo las puertas delante de él hasta el piso principal, donde el señor Ministro se hallaba precisamente descansando un rato, al amor de la lumbre mientras hojeaba los periódicos, después de almorzar.

Pareció ponerse muy alegre y algo asombrado al ver á Lissac.

—¿Qué te trae por aquí, mi querido Guy? ¡Cuánto me alegro de tu visita!..... ¿Vienes ya para estarte con nosotros hasta la hora de la recepción? ¿Has recibido papeleta?

—No—dijo Lissac—no he recibido nada; y si la papeleta ha ido á mi casa, se la habrán llevado con otras muchas cosas, los agentes de Jouvenet.

—¡Los agentes! ¿qué agentes?—preguntó el Ministro.

Habiase levantado para recibir á Guy, y estaba delante de la chimenea, de pie, mirando á su amigo

que le interrogaba con la vista como si quisiera averiguar si en efecto él, Vaudrey, el Ministro, podía ignorar todo aquello.

—¡Ah! ¿de modo—continuó Lissac—con la voz vibrante de rabia y con un tono de extraña amargura—de modo que tú no sabes lo que pasa en París?

—¿Y qué pasa?—preguntó Sulpicio que había palidecido ligeramente.

—Se prende á los hombres sin motivo y se les deja incomunicados durante dos días, para tener tiempo de buscar entre sus papeles tal ó cual cosa que compromete á ciertas personas. Esto es muy cómodo sin duda alguna; pero te suplico que no emplees por mucho tiempo semejantes resortes de Gobierno.

—¡Estás loco! Vamos á ver: ¿qué significa todo eso?—dijo el Ministro estupefacto.

Y efectivamente, parecía no comprender una palabra. Con toda evidencia ignoraba lo que Guy quería decir.

—¿De modo que no lees los periódicos?—le preguntó Lissac.

—Leo los extractos del Negociado de la prensa.

—Pues hijo, ¡si esos extractos no te han dicho que fuí preso yo, yo mismo, el miércoles en plena

Exposición de los *Mirlitons*, no te han dicho nada.....

—¡Preso! ¡tú!

—Por los polizontes de Jouvenet, tu dichoso Prefecto de policía, que deseaba complacer á la señorita de Kayser, tu querida!

—¡Ah mi querido Guy!—dijo el Ministro, cuyas mejillas se colorearon;—te agradecería.....

Buscaba una frase contundente y enérgica que impusiera silencio á Lissac, y no la encontraba. Aquello era para él como un golpe rudo y brusco que recibiese en mitad de la cabeza. Evidentemente no sabía una palabra de lo que le estaba diciendo Guy. ¡Y por lo visto era un rumor que circulaba por París desde hacía dos días! Unos nombrando á Guy, otros imprimiendo sólo sus iniciales, todos los periódicos habían relatado su aventura en la primera plana. También había sido comentado el artículo de un diario que pasaba por estar inspirado por Luciano Granet, escrito muy ingeniosamente y con gran perfidia. Tratábase en él de un tal Alcibiades (Lissac había adivinado que lo designarían así) preso de orden del poderoso Sulpicius, á quien se lo había pedido una tal Basileia, una de las cortesanas más bellas de la República de Pericles. Y tras aquella mascarada

greco-parisiense, era para todo el mundo cosa fácil de adivinar los nombres, y ver las caras detrás de las transparentes caretas.

En el momento en que Lissac iba á pedir cuentas al Ministro de los actos del señor Jouvenet, la señora de Vaudrey desdoblaba casualmente un número del periódico que había publicado el artículo aludido, en el cual algún pícaro desocupado había subrayado todos los nombres con lápiz rojo. El artículo, titulado *La querida de un poderoso*, le había sido enviado directamente bajo faja, en la cual su nombre iba escrito con letra de mujer, probablemente la señora de Marsy ó la de Gerson. Alguna amiga. Nunca faltan.

Precisamente Vaudrey pensaba en Adriana al oír las brutales quejas de Lissac. Era una locura de Guy hablar en voz tan alta de Mariana, en una habitación contigua á la de su mujer, quien lo podía oír todo. Evidentemente Lissac estaba exaltado, furioso, como loco, y no bajaba la voz á pesar del miedo de Vaudrey, que cogiéndole la mano le dijo rápidamente:

—¡Quieres callar, hombre! ¡No ves que pueden oírnos!

También él experimentaba cierta rabia sorda, porque si todo lo que decía Lissac era cierto, Ma-

riana se había servido de un secreto que á nadie debía confiar, para exigir á Jouvenet una infamia y un atropello.

—¡Vamos!—dijo Lissac en tono zumbón.—¿Te has llegado á figurar que ha seducido á tu Prefecto de policía diciéndole que era tu querida? ¡Tonto! Lo ha hecho haciéndose la suya, por una vez á lo menos.

Sulpicio se puso lívido y miró á Lissac con expresión de odio, como si aquel hombre hubiese sido su enemigo. Guy le asestaba un golpe tremendo á su vanidad y á su amor propio; y á su pasión también.

—¡Ah! sí—continuó Lissac;—ya sé que esto te duele; pero es tal y como te lo digo. Conozco más que tú á esa mujer. Que haga lo que ha hecho conmigo estos días, burlándose de mí como de un chiquillo, y que lo haga con cualquiera otro siempre que se le antoje, no tiene nada de particular. Ese es su oficio. No soy más que un imbécil, un estúpido y me veo castigado por mi imbecilidad; no debería quejarme, porque me está muy bien empleado. Pero que por hacerme á mí daño, por quitarme ese pedazo de papel, con el cual podía yo desbaratar sus planes tan luego como me conviniese, haga que tú—que al fin y al cabo eres el respon-

sable de los actos de tus subordinados—cometas atropellos brutales que te traerán en lenguas de todo París, no puede serle perdonado. Por lo visto, creía que haría yo uso de su carta contra sus planes, ¡me toma por un canalla! Pues ahora mismo, si yo quisiera cometer una cobardía, ¿no podía acaso ir á ver á Rosas sin necesidad de la carta esa, que me han robado los agentes de Jouvenet?

—¿A Rosas?—preguntó Sulpicio, cuyo semblante se había puesto rojo, en tanto que sus crispados dedos retorcián nerviosamente las puntas de su bigote.

—¡Sí, hombre, á Rosas! Parece que eres Ministro de la Gobernación de la luna. Sí, á Rosas, que tal vez sea su amante y que de seguro será su marido, como ella quiera. Y querrá.

El pobre Sulpicio miraba á Lissac con un semblante tan asustado, que hubiese sido cómico, si en el fondo de sus emociones no hubiera habido un dolor verdadero y profundo. En aquel momento lo olvidaba todo, el sitio donde se hallaban, el tono alto en que Guy estaba hablando, y hasta que Adriana podía oírles. En él ya no había más que una espantosa tensión de espíritu hacia aquella brusca revelación, que para él había sido como un tiro en mitad del corazón. Quería saberlo todo.

Preguntó á Lissac, lo acorraló persiguiéndolo á preguntas, á pesar de las vacilaciones de su amigo, que, ahora ya tenía miedo de decir demasiado, y no insistía sino en pedir el castigo inmediato de Jouvenet.

—¡Luego ya veremos lo que se hace con Mariana!—decía.

¡Ah! ¡Sí, ciertamente Jouvenet sería castigado! ¿Cómo no sabía Vaudrey una palabra? El Prefecto quedó condenado á la cesantía en aquel mismo instante.

La detención de Guy, ilegal y brutal, equivalía á esa cesantía firmada por el Prefecto mismo. Pero ¿y Mariana? Según las pruebas, se burlaba de Sulpicio tomándolo por un chiquillo ó por un tonto.

—No por cierto. Sino por un hombre enamorado, y eso basta.

Vaudrey se había sentado en una butaca y golpeaba furiosamente el veladorcillo donde se hallaban los periódicos, pronunciando amenazas terribles, como hacen siempre todos los seres débiles.

—¿Quieres saber mi opinión, hijo mío?—le dijo bruscamente Lissac.—Lo que te sucede te lo tienes muy merecido. Te digo toda la verdad. No se abandona á una mujer como la que tú tienes por una perdida como Mariana.